

VIAJE AL ALMA ANCESTRAL Y MAGICA DE UN PAIS MODERNO PARTE PRIMERA. DE MADRID A TOKIO: ENTENDIENDO AL JAPON (Relatos de un viaje al Japón)



En el alba de una clara mañana en el mar al sur del Japón, un grupo de jóvenes pilotos se dirigían al encuentro de los buques norteamericanos para abrazar una muerte segura.



Hacia ya algún tiempo su flota había sido destruida y ahora su país estaba amenazado. En su mente estaba el recuerdo del pasado y de otras invasiones del Japón que fueron derrotadas por el “viento de los dioses”, que arrojó a los barcos mongoles al fondo de los océanos salvando la “divina tierra”.

Eran los nuevos dioses “kami” de la patria sagrada, esas islas de los confines de la tierra, la última frontera de volcanes y montañas antes del abismo del mar. Mientras dirigían sus modernos aviones ya sin peso y sin ruedas pues jamás volverían a aterrizar, tenían en su corazón la certeza de que pronto se convertirían en dioses y sus espíritus liberados correrían por los bosques, las montañas y los templos de su nación.

“Wa” la nación sagrada que procedía de Amaterasu, la abuela divina del primer emperador.

Ciertamente ellos eran muy diferentes de cualquier otra nación de la tierra, ellos eran el viento “kaze” que arrasaba Asia y enviaban los dioses sobre los invasores.

Sus escuadrillas voladoras no tenían un nombre cualquiera:

“Shikishima no, Yamatogokoro wo, hito towaba, asahi ni nihou, yamazakura bana”

Que viene a significar: “Si alguien pregunta por el alma de Japón, decíle que es como el aroma de las flores del cerezo en una mañana radiante”.

Aquella mañana radiante para sus vidas.

Tampoco sus bombas tenían un nombre cualquiera, eran “oka”, la “flor de cerezo” que inunda como nieve cálida la primavera de su país.

Y así iban nuestros hombres hacia una muerte violenta arrojados por la poesía, el fanatismo de la obediencia, y el convencimiento de que su patria era divina e indestructible.

Otro mundo, otra cosmovisión del universo. Sus barcos modernos y sus aviones se parecían a las armas del enemigo, pero ¿y su alma? Su alma distaba entonces un infinito de las de los enemigos y aún hoy a pesar de los fracasos y los éxitos de su historia está muy, muy lejana.



Nada de esto sabíamos ni entendíamos antes de embarcar en Madrid para un largo vuelo en el enorme y cómodo Airbus 380 atravesando el sur de Europa, el Oriente Medio y China la mañana del 24 de octubre. Un grupo de 40 compañeros y amigos que, tras 20 horas de vuelo, llegábamos al aeropuerto de Tokio cansados y dispuestos a pasar los controles QR.

Nos acompañaba nuestra querida guía Ana, compañera de otros viajes y nos esperaba quien iba a convertirse en nuestra inolvidable y dulce guía nipona, Kaori Yamada, que fue la primera persona que conocimos en Japón y posiblemente uno de los recuerdos que más perdurará en la memoria del viaje.

La formidable bahía de Tokio, que es la desembocadura del río Sumida-gawa (o Sumida-río), no mira hacia el mar del Japón sino hacia el este, dando la espalda a sus vecinos del continente.

Se llamaba Edo, que quiere decir “puerta del río”, modesto pueblo de pescadores cuya vida se transformó cuando el inefable y omnipresente señor de la guerra **Ieasu Tokogawa** situó su castillo como centro del sogunato en 1603.

Desde entonces no paró de crecer hasta convertirse en el área urbana más grande del mundo donde viven 35 millones de almas. Realmente varias ciudades en una sola.

Cuando en 1868 se terminó el sogunato, a ritmo de los cañonazos de los buques americanos, finalizaron 250 años de aislamiento autoimpuesto y la capitalidad pasó de Kioto a Edo, que pasó a llamarse Tokio que quiere decir “ciudad del este”.



El día era perfecto de azul claro y cósmico cuando paseamos los verdes jardines donde se asienta el palacio imperial en la ubicación del castillo Tokogawa.



Lo admiramos por fuera atisbando a lo lejos las “divinas moradas” donde vive el emperador lejos del bullicio de la gran urbe. Percibimos que para la mayoría del “Japón profundo” el emperador sigue siendo un ser divino a pesar de lo que diga la “constitución americana”.

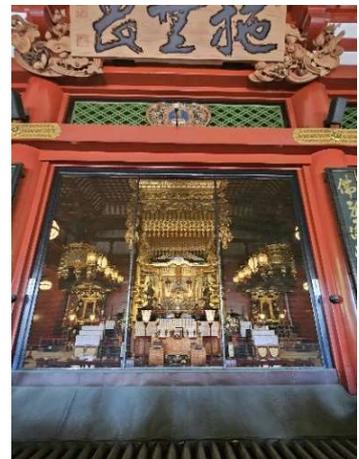
Nuestro primer templo fue el **Sensoji** el más antiguo de Tokio, construido en el año 628, de religión budista,

secta tendai, al lado del santuario sintoísta de **Asakusa** y no muy lejos del río Sumida. Empezamos a entender que, aunque se trata de dos religiones diferentes, existe un notable proceso de “sincretismo” o fusión histórica entre ambas que iremos comentando.

El viejo templo tiene asociada una bella historia, que nos contó Yamada, sobre dos hermanos que fueron a pescar al río y en vez de peces subieron a la barca una dorada estatua de **Kannon**. Por más que la devolvían al agua, la estatua se volvía a las redes ella sola, hasta que entendieron que el suceso tenía un origen mágico. Optaron finalmente por llevarla a la casa del jefe de la pequeña aldea Asakusa donde quedó entronizada para que allí fuera adorada y se mantuviera en contacto con los hombres.



Kannon es uno de los personajes divinos más importantes del budismo japonés y nos lo encontraremos recurrentemente. Se trata de un “bodhisatva”, es decir alguien que se ha embarcado en el camino de iluminación del budismo pero que no ha llegado a su fase final. En el caso de Kannon, representado muchas veces como una mujer, es la diosa de la misericordia que habría hecho la promesa de no entrar en la iluminación hasta que todos los seres vivientes hubieran terminado su recorrido en los ciclos budistas de nacimiento, muerte y



reencarnación. Precioso el templo con sus altares y su pagoda ascendente.

No sé qué pensaría la buena diosa Kannon de los hombres al constatar que todo su antiguo templo fue reducido a cenizas durante los bombardeos que destruyeron la ciudad en los años 40 y vuelto a reconstruir completamente. Hoy se trata de un símbolo del renacimiento y la paz del Japón.

A la salida de los templos tuvimos nuestro primer contacto con jovencitas japonesas vestidas de geishas que encontraríamos en múltiples ocasiones en nuestro viaje. Se ve que el traje típico tiene una cierta connotación de elegancia religiosa. Cuando se va de ritual al templo es muy usual vestir las galas japonesas tradicionales.



Paseando por el barrio de Asakusa tuvimos nuestro primer encuentro con las tiendas y locales comerciales de mercado japonés, todo muy limpio, con todo tipo de pescados frescos o secos y cuanta cosa podamos imaginar.

La primera comida la tuvimos en un restaurante que estaba situado en un piso altísimo con una vista preciosa de la gran ciudad. ¡Y además comida “de la nuestra”!



En la tarde paseamos por la periferia, donde estaban los nenúfares del parque **Ueno**. Se encuentra en los terrenos del antiguo templo **Kaneiji**, uno de los mayores templos de la ciudad durante el periodo Edo. El templo fue destruido durante la guerra de 1873 en la que cayó el shogunato y retornó el imperio, convirtiendo a la zona en uno de los primeros parques de estilo occidental de todo Japón. Aún quedan como vestigio del viejo templo algunas bellas construcciones al estilo tradicional japonés.

El sol se iba poniendo hacia el suroeste en un bonito atardecer frente al barrio de **Odaiba**, cerca del mar, lo que nos proporcionó unas vistas increíbles de los modernos rascacielos, el hermoso y largo puente colgante estilo San Francisco que cruza el estuario y las zonas ganadas al mar. Allí nos hicimos nuestra segunda foto.



Entre tanta modernidad y el largo viaje del día anterior el cronista tuvo la sensación de no saber dónde estaba. Acaso no era lo que veía, el Japón, sino la gran ciudad de Miami. No, porque conducían por la izquierda.

Ciertamente el mismo esquema del hombre moderno: los puentes, los rascacielos y el mar. Una arquitectura tan impresionante como despersonalizada, de arrogante hermosa frialdad.



Siempre pensé que los franceses, que no tengo por muy generosos, solo habían regalado una estatua de la libertad, la que es emblema de la ciudad de Nueva York.

Pues no, quizás para mandarle a Japón su “subliminal mensaje” y ensalzar los vínculos que les unen, que no sabría muy bien cuáles son, le hicieron una estatua de la libertad allí en **Odaiba** y se la “prestaron” de forma temporal.

Fue tanta su popularidad que la tuvieron que dejar permanente. El ejemplo cundió y se han hecho dos

más, una en Osaka y otra en Shimoda. Aprendiendo de los franceses, quizás les deberíamos haber regalado una réplica de la Giralda, como una que hay en Miami. No en vano nuestros vínculos con Japón son sorprendentemente más antiguos, pues españoles y portugueses, Francisco Javier a la cabeza, fuimos los primeros europeos que llegamos a estas tierras.

Ya de noche paseamos por la animada zona comercial y vimos la plaza donde se erguía un poderoso “mazinger”. El sustituto tecnológico del David de Miguel Ángel lleno de luz de neón y color fucsia que nos recordó cuando nuestros hijos jugaban con estos robots.



Fuimos entendiendo porque Tokio era una ciudad totalmente moderna, porque la antigua fue arrasada hasta las cenizas. ¡Se dice que hubo bombardeos que mataron a cien mil personas en un

solo día! Sobre estas cenizas se construyó una ciudad de edificios muy modernos, avenidas a varios niveles, algunos parques y agua, todo muy limpio. ¡Nunca habíamos visto recogedores de colillas!



El día todavía prometía más, y tras recalar en nuestra base del **Shiodome** subimos a lo más alto de un edificio para apreciar el increíble espectáculo de Tokio en la noche mientras disfrutábamos de la cena de bienvenida.

¿Qué belleza tienen estas ciudades abigarradas y altivas en la noche? Un espectáculo de mil luces que como millones de luciérnagas consumen la energía de una estrella. Ciertamente, un espectáculo que nos emboba, como cuando nos extasiamos delante de un fenómeno sobrecogedor de la naturaleza. Nos quedamos pasmados y boquiabiertos, nos podríamos quedar allí para siempre contemplándolo.



Al día siguiente a pocos kilómetros de Tokio, entre las colinas cubiertas por densos bosques se encuentra uno de los conjuntos sagrados más famosos y antiguos de todo el Japón: la montaña sagrada de **Nikko**, cuyo nombre significa “Día Brillante”.



La fama de Nikko no solo proviene de su conjunto histórico de templos budistas construidos durante cientos de años, o sus densos bosques de árboles centenarios, sino por encontrarse allí la tumba del famosísimo **Ieyasu Tokogawa**.

“Nací como el rocío y como el rocío me desvanezco, he sido una lágrima y en mi vida todo fue el sueño de un sueño”

Este pequeño poema o “**waka**”, escrito por él antes de morir nos da idea de la dualidad del alma japonesa que ya nos va “calando”.

Fue Tokogawa un incansable guerrero y señor feudal, envuelto en mil batallas, reunificador de Japón y fundador de un “shogunato” que gobernó y mantuvo aislado al Japón durante 300 años, hasta la llegada de la era Meiji. ¿Nos podemos imaginar la tumba de Napoleón con unos versos como estos?

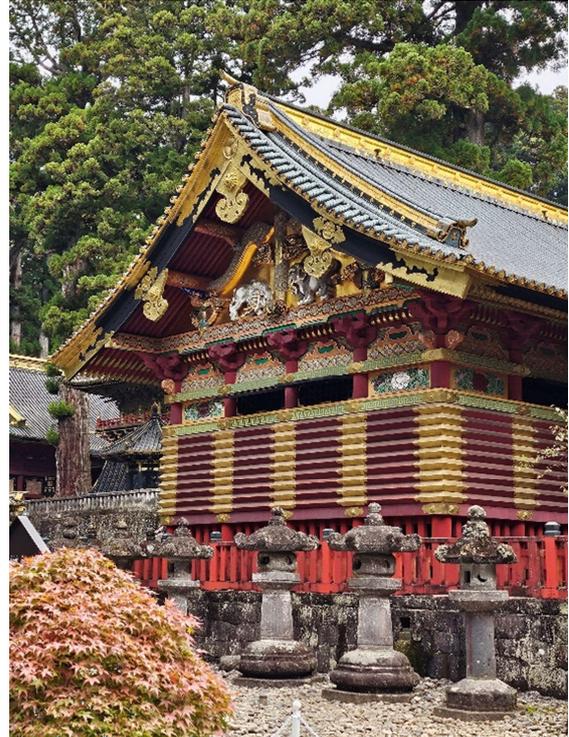
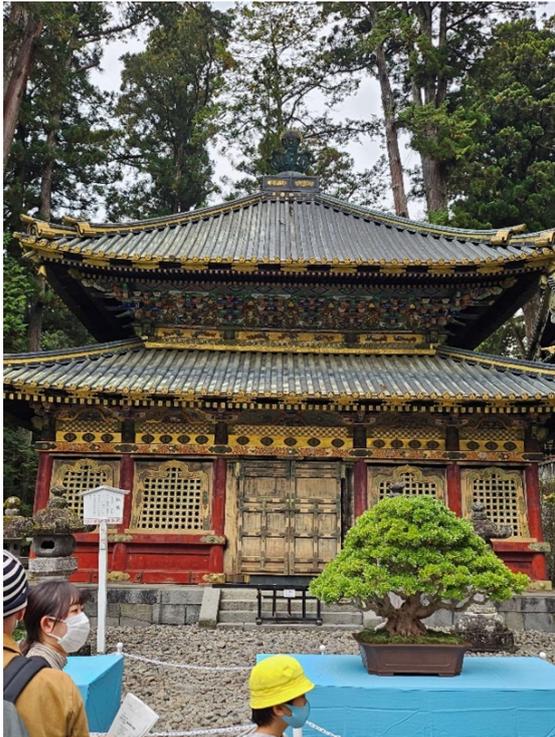
Su tumba se denomina el “**Toshogu**” o “Palacio del Oeste Brillante”. No es en realidad un único



edificio, sino un conjunto de construcciones, puertas y corredores techados que conducen hasta la tumba de Tokogawa.

La tumba en sí misma se halla en la zona superior de la montaña a la que subimos desafiando la escalera de 200 peldaños. El lugar exacto donde reposan los restos del Shogun queda señalado por un austero monumento de bronce.

El primer templo de Nikko data del año 766 y se atribuye a un monje budista que se retiró a la montaña. Por el lugar por donde se cree que el monje cruzó el río se levanta hoy el bonito puente “de la serpiente”.



Con posterioridad se fueron añadiendo templos en diferentes épocas, y fueron abades de Nikko príncipes de la casa imperial. Allí constatamos la fragilidad de los materiales en madera con que se hacen las construcciones religiosas, lo que hace que las reconstrucciones sean constantes a través de los siglos. Todas son de inspiración budista, de la rama Tendai.

Por allí anduvimos, arriba y abajo, contemplando los bellos edificios, sin llegar a penetrar en lo más profundo de su significado y consiguiendo entrar en uno de los templos. Nos descalzamos por primera vez y lo pudimos admirar por dentro, con aquellos dioses zodiacales del hinduismo que metían miedo. Desde el techo del templo un inmenso dragón gris observa a quienes entran, Es una pintura muy popular en el Japón.



También tuvimos ocasión de ver familias vestidas de forma tradicional y los relieves de los tres monos sabios del budismo japonés: “no ver el mal, no escuchar el mal, no decir el mal”. Luego supimos sus nombres: “**Mizaru, Kikazaru, e Iwazaru**”.



Para completar la visita pusimos en marcha el péndulo mágico que llevaba una compañera, que nos aseguró girando decidido hacia la derecha, que este lugar, patrimonio de la UNESCO, estaba lleno de buenas vibraciones. Y después de encontrar a unos compañeros extraviados nos marchamos a por la comida japonesa de ese día.

Preciosa tarde de colores otoñales para pasear en las orillas del lago **Chuzenji**, el más alto del Japón. El lago está a los pies de un volcán dormido, el monte **Nantai**, y las vistas son un remanso de paz con muchas rutas de senderismo a su alrededor. Aquí vienen a refrescarse las gentes “pudientes” de Tokio del calor del verano.

Tuvimos ocasión de probar las castañas horneadas en una especie de “horno rotativo”. Las probamos y estaban deliciosas, se comen mucho en Japón. Bajamos en un ascensor para disfrutar de la vista de la preciosa cascada Kegon.

La cascada Kegon es una de las cascadas más conocidas del Japón. El agua del lago es embalsada por la represa formada por las lavas basálticas del volcán y se precipita desde el lago Chuzenji a casi 100 metros hasta el barranco del río. En el invierno es posible que gran parte del caudal de la cascada esté congelada. Un lugar muy hermoso.



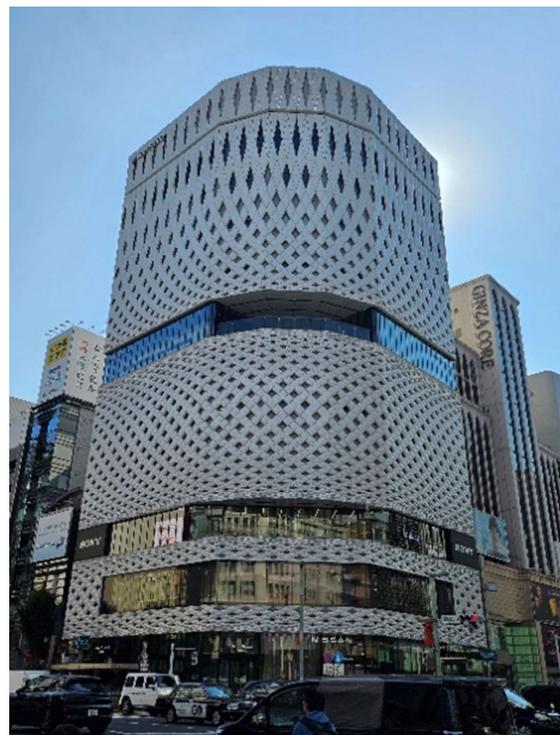
Lo que vimos al día siguiente en el mercado **Tsukiji** fue como un anticipo de lo que íbamos a ver en nuestra visita a los mercados de otras ciudades del Japón: mucha gente transitando delante de apretadas filas de puestos donde se venden productos de todo tipo como pescado seco, algas envasadas al vacío, cuchillos de cocina, botas de goma, vajillas y un largo y pintoresco etc. También es un buen lugar si se quiere comer algo sobre la marcha, y todo está muy limpio. Desayuno Japonés: sopa de miso, verduras y pescado.



Luego paseamos a pie por la zona de **Ginza** para admirar la arquitectura del barrio y las tiendas exclusivas. Ginza significa “lugar de la plata”, no por la que corre ahora sino porque en algún momento existió una casa de moneda. Allí vimos por primera vez a empleados urbanos recogiendo colillas del suelo con pinzas en un alarde de pulcritud y limpieza.

Nos gustó especialmente el “Ginza Place”, cuya fachada está formada por 5315 paneles de aluminio que forman una celosía inspirada en la técnica de los “**sukashibori**” típica de las cestas de flores o de los incensarios tradicionales del Japón.

Una cosa que llamó la atención del cronista fue el escaso, por no decir nulo, número de banderas del Japón que existían en los edificios de la ciudad, siendo como son un país ultranacionalista. No había ninguna bandera por ningún sitio. Se lo preguntamos a Yamada y nos dijo que lo de las banderas era solo para gente “fanática del emperador”. Creo que la entendimos a medias.



Comimos japonés en un barrio muy típico, con casas de estilo tradicional lleno de restaurantes pequeños, de los cuales llenamos uno. Las casas de color grisáceo azulado, con material de madera, y el tendido eléctrico todo por el aire.



El buen tiempo nos regaló también un bonito paseo por los grandes jardines y el bosque del **Santuario Meiji**, el santuario sintoísta más importante de Tokio.

Está dedicado al emperador Meiji y su esposa Shoken para conmemorar sus virtudes y venerarlos como dioses “kami” para siempre

Para crear este bosque, los voluntarios plantaron unos 100.000 árboles procedentes de todas partes del Japón.

Estos emperadores fueron responsables de liderar el proceso de apertura del Japón después de los siglos de aislamiento del shogunato Tokogawa.

Personas cultas y sensibles escribían en la poesía breve japonesa “waka” sus sentimientos hacia el mundo, su país y la gente. Un verso de él:

*“Incluso un alto pico,
Que se ve elevándose hacia el cielo
Tan alto,
Puede ser escalado si lo deseas
Pues siempre hay un camino para escalar”*

Es decir, nada hay imposible. Y con versos de este tipo transmitían sus mensajes al pueblo. ¿Nos imaginamos un dirigente político de nuestra historia europea mandando versos al pueblo?

No nos perdamos un precioso verso de ella:

*“Todo depende del corazón de quien lo está mirando,
Si se trata de un tesoro o, si por el contrario, causa daño,
Así es el dinero realmente”*

Es decir, lo malo no está en el dinero sino en el corazón de quien lo posee.



Y así el cronista y sus compañeros de viaje van empezando a entender como llegan los mensajes al alma japonesa donde el sintonismo ancestral se encuentra profundamente enraizado en su forma de pensar, sentir y vivir.



Esta religión no tiene fundador, ni libro sagrado, ni incluso existe el concepto de conversión, sus valores son la armonía con la naturaleza y el buen corazón.

La divinidad es concebida como "Kami". Se puede decir que existe un número ilimitado de kamis.



Hay kamis en la mitología, en la naturaleza, en los antepasados. Desde sus orígenes las gentes del Japón han sentido agradecimiento hacia los "kami" dedicándoles santuarios y también, en sus hogares, a sus propios "kami" familiares.



De los apacibles jardines Meiji nos desplazamos al Tokio animado y congestionado de la calle **Takeshita**.

Se trata de una calle peatonal llena de tiendas de moda, cafés y restaurantes en el distrito de Harajuku. Las tiendas en la calle incluyen grandes cadenas como The Body Shop, McDonald's y 7-Eleven, pero la mayoría son pequeñas tiendas que abarcan una gran variedad de estilos de moda. Algunas son conocidas como "tiendas antena", en la que se ponen a la venta productos para sondear la demanda de los consumidores.

A la entrada de la calle se vislumbra un río de gente simplemente de "figureo", como decía Yamada, y un inmenso panel-display de entrada donde aparecen las personas que vamos entrando en la calle.



Hicimos maravillas de colocación hasta que conseguimos vernos en el panel y sacar una fotografía. Muy divertido. Es una calle muy popular entre los jóvenes adolescentes, en especial aquellos que visitan Tokio en viajes escolares, o jóvenes japoneses que quieren comprar pequeños artículos los fines de semana. Un sitio original y divertido con “pintas” para todos los gustos.

La noche fue libre en Tokio, llena de luces y modernidad y una aventura para comer, pues no nos entendían nada.

Yamada y “Anasang” nos llevaron a un restaurante muy típico en un piso, con unos “diablos locales” super fotogénicos.

Se pedía la comida a través de una tablet, como no entendíamos nada creo que pedimos dos veces lo mismo, menos mal que pudimos cancelar uno de los pedidos: una especie de puchero local lleno de verduras y “víveres” que fuimos averiguando poco a poco. Afortunadamente estaba francamente bueno y muy sano, porque tenía muchas verduras y no llenaba nada.





Para rematar nos metieron en una mesa con “foso” para los pies y casi tuvimos que sacar a uno de los compañeros con una grúa. No sé por qué nos reíamos tanto, ¿efecto del sake local?

Nuestro tiempo en Tokio llegaba a su final, al día siguiente dejábamos esta inmensa ciudad y nos asomábamos a un Japón más tranquilo camino de las montañas. Pero esa será la siguiente historia.

El Cronista Senior